
El sentido de la educación universitaria: ¿reproducción de conocimientos o motor de transformación humana?

Apuntes y experiencias docentes sobre el proceso educativo.

Omar García
Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas
omargarciaserra@gmail.com

Resumen:

El boom de las universidades privadas en nuestro país impone repensar el sentido y el valor de la educación universitaria. La forma en que concebimos el sentido de la educación universitaria y la labor docente es la forma de la sociedad en la que queremos vivir. Si queremos vivir en una sociedad más humana y armoniosa tenemos que volver a mirar nuestros procesos educativos. Este es el reto para los docentes. Es nuestra responsabilidad. Tenemos que comprometernos cotidianamente con un cambio de paradigma. Dejar de lado la institución universitaria que proyecta su luz sobre la oscuridad, por una comunidad universitaria que se conecta creativamente con su sociedad para transformarla. Un docente es un educador. Un educador quiere cambiar el mundo.

Estas son, básicamente, las intuiciones que se exponen y desarrollan a continuación, las mismas que se irán complementando con la presentación de algunas experiencias educativas que me he animado poner en práctica con mis alumnos.

Palabras claves:

Universidad y sociedad, educación superior y ciudadanía

“El educar se constituye en el proceso en el cual el niño o el adulto convive con otro y al convivir con el otro se transforma espontáneamente, de manera que su modo de vivir se hace progresivamente más congruente con el del otro en el espacio de convivencia. El educar ocurre, por lo tanto, todo el tiempo; de manera recíproca, como una transformación estructural contingente a una historia en el convivir en el que resulta que las personas aprenden a vivir de una manera que se configura según el convivir de la comunidad donde viven. La educación como “sistema educacional” configura un mundo y los educandos confirman en su vivir el mundo que vivieron en su educación. Los educadores, a su vez, confirman el mundo que vivieron al ser educados en el educar”.

Humberto Maturana

“Somos contrarios a la visión de que la Universidad es solo venir, sacarse buenas notas, y abandonar cuanto antes sus aulas para salir pronto a ganar dinero en el mercado laboral, tenemos los ojos lo suficientemente abiertos como para darnos cuenta que afuera hay un mundo entero por conquistar, que este mundo requiere de nuestra entrega, de nuestro esfuerzo y de nuestro sacrificio y que para quienes ya hemos abierto los ojos a las inequidades sociales que asoman por todos los rincones de nuestra ciudad, se nos vuelve imposible volver a cerrar la puerta y hacer como que nada hemos visto o como que nada ha pasado. Nuestro compromiso por la transformación social es irrenunciable”.

Camila Vallejos
Presidenta de la Federación de Estudiantes de Chile

Introducción

Las siguientes líneas no son el resultado de una investigación ni de la aplicación sistemática de una metodología pedagógica. Soy un actor y comunicador profesional, sin formación actoral, con estudios universitarios en comunicación para el desarrollo, que ejerce la docencia universitaria en temas de ética,

ciudadanía y creatividad. Ese es lugar desde el cual me involucro con el proceso educativo y desde donde me atrevo a analizarlo y poner de manifiesto algunas conclusiones al respecto.

El presente texto es un testimonio. Un ejercicio de articulación conceptual de mi experiencia de trabajo en el aula, esforzándome constantemente en la ideación y preparación de clases, metodologías, evaluaciones y recursos pedagógicos que puedan ser detonadores de un aprendizaje realmente significativo. Un esfuerzo por compartir un proceso personal de aprendizaje empírico plagado de retos, exigencias, apuestas y aventuras, logros y fracasos, así como de intuiciones y avisos, que han orientado mis esfuerzos y que, finalmente, se han consolidado como pautas o patrones de trabajo: el testimonio de una empeñada búsqueda por participar en los procesos de transformación y crecimiento de personas y comunidades. Ese es para mí el poder que tenemos entre manos quienes trabajamos en el espacio universitario - y no solo desde la docencia -; me refiero al poder del movimiento y la transformación.

La Universidad y la Educación son dos instituciones que proponen el encuentro de las personas para construir juntos el conocimiento humano y desarrollar los recursos necesarios para reinventarlo. Son escenarios en los que personas reunidas asumen roles, unos guían y acompañan, otros buscan y aprehenden el mundo. Los primeros no siempre son los docentes y los segundos no son necesariamente los estudiantes. Se trata de roles en movimiento, no condiciones estáticas o estatus determinados. Hay diferentes formas y contenidos para interpretar esos roles, diferentes guiones y dramaturgias, hay un universo plural de personas, universidades, pedagogías, metodologías, políticas, visiones, sistemas; que nos pueden llevar por diferentes caminos hacia la convergencia o hacia la divergencia. Sin embargo, independientemente de qué universidad sea, quién sea su dueño o a qué intereses responda, las instituciones las hacen y las mueven las personas.

La reunión de un profesor con un grupo de estudiantes siempre es una gran oportunidad. El desenlace de ese encuentro depende en gran medida, aunque no absolutamente, del espíritu y la convicción de los educadores. Sospecho que cualquier profesor o docente que lea estas líneas encontrará resonancias de su trabajo, coincidencias y puntos de encuentro.

El síndrome del primer día de clases

“La mente no es un vaso para llenar sino una lámpara por encender”

Plutarco

Cada nuevo ciclo hay un primer día de clases. Para algunos de mis estudiantes es el primero de su vida universitaria. Para otros solo un es un nuevo primer día de clases de un nuevo ciclo con un nuevo profesor y nuevos compañeros. El primer día de clases, luego de respirar, atravieso el umbral de la puerta del salón y, mientras camino hacia mi escritorio, los miro haciendo un primer paneo de ubicación y calentamiento. Los miro neutralmente y ellos a mí. Pero mi ingreso automáticamente genera las primeras reacciones. Se sientan “bien” en sus carpetas, se acomodan “correctamente”, “rígidamente”, dejan de conversar, “cierran” la boca, cierran el cuerpo, se callan, guardan “silencio”. Dejan de sonreír, se ponen “serios y solemnes”. Todos miran hacia adelante, casi con anteojeras, hacia donde está “lo importante”. Es hora de portarse bien. Ha llegado el profesor y eso es lo que él espera de nosotros. Ya va a empezar la clase y así es como deben ser las clases. Qué aburrido. Qué terrible lo que mi ingreso a escena genera en la platea. Así me hace sentir la situación. No solo el comportamiento de mis alumnos que parece que se aprestan a ser espectadores forzados de un tedioso e insufrible unipersonal. La disposición del espacio y de los actores y elementos en él también determina la dinámica de la nuestra relación y condiciona las posibilidades del trabajo. Yo estoy de pie y delante de ellos. Las carpetas están dispuestas en filas y en bloque, como en el patio del colegio cuando tocaba formación: distancia, firmes, descanso. Listos para escuchar y recibir indicaciones. Los miro por encima, desde mi altura y autoridad, con absoluta libertad de iniciativa y movimiento. Ellos atrapados en sus carpetas miran hacia adelante y desde un ligero contrapicado. Todo parece indicar que yo soy lo más importante en ese momento, o lo que tengo que decir, o lo que escriba en la pizarra o la proyección de mi saber en el Power Point. Sin hacer nada, ni proponérmelo, solo con llevar el título de profesor y entrar al aula me convierto en el centro y atracción principal de esa experiencia que está a punto de comenzar y que está configurada, tanto en el imaginario del estudiante como en el formato de trabajo que le proponemos, mucho más para impartir el conoci-

miento que para construirlo, para inocularlo que para ayudar a extraerlo.

Finalmente, entablo una conversación dándoles la bienvenida, con mi sonrisa más acogedora y me presento como su “profesor” durante el presente ciclo. En ese momento siempre he tenido la necesidad de saber qué estoy comunicándoles con esa palabra, cuál es el contenido que ellos le ponen, y les hago la siguiente pregunta: ¿qué significa que yo sea su profesor? Es decir, ¿para qué creen que estoy aquí? ¿cuál creen que es mi labor?. Las primeras y más recurrentes respuestas con las que me encuentro siempre son: “usted es el que va a enseñarnos e instruirnos” “el que nos va a explicar los temas y nos va a dar conocimientos” O sea básicamente soy un instructor que les va a decir cómo son las cosas. Esta dinámica se repite ciclo a ciclo, durante el primer día de clases y nunca deja de sorprenderme y problematizarme, aunque siempre espere las mismas respuestas.

Cada primer día de clases, en la predisposición que traen mis estudiantes se manifiesta abiertamente una perspectiva particular de la condición del profesor y del rol docente, lo que a su vez expresa una perspectiva particular del proceso de aprendizaje fuertemente arraigada en los alumnos no solamente universitarios. Pero no solo en su imaginario se reproduce esta forma de ser docente, sino que muchas veces nosotros mismos hacemos enormes esfuerzos para perpetuar esa imagen. ¿Cuál es esa perspectiva del docente universitario o del proceso de enseñanza aprendizaje que se expresa por inercia en la dinámica del primer día de clases? ¿Cuál es la perspectiva por la que deberíamos apostar en la docencia universitaria? ¿Cuál es nuestra responsabilidad como educadores y qué capacidades deberíamos desarrollar para hacer frente al síndrome del primer día de clases que condiciona y limita nuestro verdadero potencial transformador?

El docente universitario como educador

Ser docente universitario es una práctica apasionante y con gran potencial transformador. Ese potencial para desplegarse plenamente demanda al docente universitario asumir su rol de educador. Desde un enfoque lógico, afirmar que el docente es un educador podría parecer una tautología. Pareciera obvio para el sentido común que el docente es un educador. Sin embargo, si nos remitimos al significado de los términos veremos que ser docente y educador no significa necesariamente lo mismo. Ambos términos hacen referencia a la labor o práctica de la enseñanza o la educación, dos conceptos que a su vez son equivalentes pero no iguales. Resulta pertinente entonces revisar ambos términos, volver a sus raíces etimológicas, para entender cabalmente su significado y recuperar el sentido que los determina.

De acuerdo con la RAE, la palabra docente proviene del verbo latino *docere*, que significa enseñar. Por lo tanto, designa al que ejerce la enseñanza y a lo relacionado a su práctica de enseñante. Enseñar a su vez proviene del latín *insignare*, que significa señalar y puede entenderse como la acción de dar señas de algo o indicar alguna dirección a seguir. *Enseñar* también puede hacer referencia a la idea de mostrar o exponer algo, o simplemente dejar aparecer. Por otro lado, indagando en la etimología de la palabra *Educar*, veremos que está ligada a dos vocablos latinos: *educare* que significaría criar, nutrir, alimentar, “dar forma” o formatear en lenguaje actual; y *exducere*, que proviene de la raíz indoeuropea *deuk*, significa guiar y puede interpretarse como encaminar, conducir, dirigir o incluso sacar desde dentro hacia afuera, en el mismo sentido de “facilitar el parto”.

Me detengo en las palabras porque tienen el poder de construir realidades y porque, precisamente, para cambiar la realidad de la docencia universitaria es necesario re-significar las palabras que usamos para referirnos a ella. Así pues, las raíces nos muestran que ejercer la docencia no es precisamente lo mismo que educar, aunque existan muchos y valiosos docentes que son educadores. Pero, etimológicamente, **educar** es un término ambivalente. Y es el segundo de los sentidos del término por el que debemos apostar, con convicción y entusiasmo, dentro del ámbito universitario.

Existen diferentes teorías, enfoques y modelos pedagógicos que han ido nutriendo la evolución de la educación a lo largo del tiempo. Sin embargo, es con los movimientos pedagógicos de carácter progresista de finales del siglo XIX - críticos de la educación tradicional formalista, autoritaria, basada en la transmisión de conocimientos y el rol pasivo del estudiante - que se inicia la reforma educativa que nos pondrá en camino hacia una universidad nueva. Los postulados conductistas tradicionales ponen al docente y a la enseñanza como el centro del proceso educativo. El docente organiza el conocimiento,

lo transmite, señala el camino y califica a sus alumnos, que son una tabula rasa que recibe el saber para repetirlo y usarlo cuando sea pertinente. El correcto registro de la información se pone a prueba y se califica. Por otro lado, la pedagogía cognitiva basada en el constructivismo, postula la importancia de los saberes previos del estudiante y de su rol activo en la construcción del conocimiento, la multiplicidad de inteligencias ritmos y estilos, así como la importancia del aprendizaje significativo. Desde esta perspectiva, el saber se construye conjuntamente y el alumno es el protagonista de su proceso de aprendizaje.

Me gusta acudir al diccionario para comprender mejor las cosas. Pero la vuelta a los orígenes no es para descartar o rechazar el uso de las palabras, sino para enriquecerlas revisando nuestra perspectiva sobre su significado. En ese sentido, estoy convencido de que señalar el camino no es más enriquecedor que acompañar y ayudar al caminante a que descubra, por sus propios medios, una ruta propia y original que le permita abrirse al mundo. Mostrar o exponer algo no es más poderoso que experimentarlo o sentirlo.

Experimentos Educativos

“Dime, y olvido; enséñame, y recuerdo; involúcrame, y comprendo”
Benjamín Franklin

El Experimento Huaralino **Ampliando las fronteras físicas y mentales.**

La primera vez que dicté en la universidad fue por propia iniciativa. El curso fue diseñado conjuntamente con otro profesor y presentado a la unidad correspondiente para su aprobación. El curso fue aprobado. Llevaba el nombre de Ciudadanía y Responsabilidad Social, era electivo y estaba dirigido a estudiantes de primeros ciclos. El curso se desarrollaría en un formato de co-dictado. Yo tenía poco manejo conceptual de los contenidos, respecto de mi colega que era sociólogo, así que mi encargo estaba enfocado en la dimensión práctica y aplicativa del curso. En mis dos horas de práctica a la semana tenía que arreglármelas para que los estudiantes pudieran aterrizar, aplicar o conectar la teoría con experiencias concretas y reales. Frente a esa demanda, diseñamos e implementamos una actividad para aproximarlos a la experiencia real del encuentro con el otro, el otro que comparte conmigo el espacio público, pero del otro lado de la frontera, con quien normalmente no me cruzo y que me genera miedo, desconfianza o rechazo. La actividad buscaba sacar a los estudiantes de su territorio conocido. Moverlos de su zona de confort y seguridad. Invitarlos a ampliar sus fronteras y a encontrarse con lo desconocido. Dedicamos las primeras semanas a recopilar la información suficiente como para acertar en la elección de un espacio que la mayoría considerara ajeno, extraño o que estuviera fuera de su encuadre en algún sentido. Finalmente, la expedición fue hacia Los Olivos, a la altura del Óvalo el Naranjal, en el cruce de la Panamericana Norte con la Av. El Naranjal. En las siguientes ediciones del curso la actividad se replicó y los destinos fueron Pachacútec, en el distrito de Ventanilla y Urbanización Santa Rosa, en Chorrillos. El viaje siempre estaba ligado a la participación en una actividad que se realizaba en la zona.

En esta ocasión, la actividad en la que participamos fue un concierto de cumbia y huayno con arpa en El Huaralino. En la cartelera del evento, figuraban nombres como Aguamarina, Los Ecos y Dina Páucar. La descripción escueta de la actividad es la siguiente: salimos de la universidad en un bus un sábado por la noche, nos trasladamos mientras se revisaban las pautas del trabajo y se organizaba al grupo. En el fondo sonaba la radio Inca Sat “la radio de los nuevos triunfadores”. Llegamos. Se debatió si comprar o no entradas en reventa un poquito más caras y burlar la cola para entrar directamente mientras mucha gente hacía su cola legalmente. Entramos. Pactamos hora y lugar de encuentro para el retorno y los grupos se sumergieron en multitud y la música entregados a la experiencia. Dos horas después, pasada la media noche, nos reunimos y emprendimos el retorno. En el camino de vuelta las voces se multiplicaban y superponían para expresar sus sensaciones, compartir sus anécdotas y reflexionar sobre los aportes de la experiencia. Llegamos a la universidad. Partieron a sus casas con el encargo de elaborar un ensayo sobre la experiencia analizada desde la perspectiva de los temas del curso. He aquí una experiencia real sobre el problema de la convivencia y el encuentro con el otro.

El Experimento Milgram **Confrontando el coraje de la responsabilidad**

El problema de la libertad es un contenido a desarrollar en el curso de Ética y Ciudadanía que dicto en una universidad privada desde hace 4 años aproximadamente. El curso es obligatorio y está dirigido a estudiantes de primeros ciclos de todas las carreras. Para poder desarrollar el tema dispongo de dos sesiones de clase aproximadamente, lo que equivale a unas 6 horas en el mejor de los casos. Si además considero hacer alguna evaluación continua para esta parte, como sucede regularmente, entonces el tiempo se hace aún mucho más estrecho para la magnitud del reto. ¿Cómo abordar el problema de la libertad, en tan corto plazo sin quedarnos cortos ni perdernos en los vericuetos teóricos y distanciar a los estudiantes aún más del interés por el tema?

Lo que necesitaba era despertar emociones, mover pasiones. Necesitaba una suerte de detonante que logre generar las disonancias y cuestionamientos necesarios que me permitan dejar sembrada alguna inquietud o alguna reflexión sobre el tema. Una experiencia que los mueva, que les genere una emoción y los predisponga para hacerse preguntas serias sobre la naturaleza, las posibilidades y los límites de su propia libertad. Investigando sobre el tema y buscando algunos casos que me permitieran abordar el tema en ese sentido, me topé con el famoso Experimento de Milgram y decidí realizar mi propia versión del experimento en clase. Stanley Milgram era un psicólogo de la universidad de Yale que realizó una serie de experimentos para medir la respuesta de personas normales frente a la autoridad. Pretendía identificar hasta donde sería capaz de llegar o qué sería capaz de hacer una persona normal por obediencia a la autoridad. Es decir, medir la disposición que tenemos para hacer algo que vaya en contra de nuestros principios morales solamente porque una autoridad nos lo ordena. He realizado mi versión del experimento en clase varias veces y la he ido revisando y ajustando. Hay varias versiones que he usado como punto de partida para conversar con mis estudiantes sobre la libertad y la responsabilidad y estoy convencido que ha funcionado. El experimento va más o menos así: le pido a la mitad del grupo que salga del aula y que regrese en unos cinco o diez minutos. A la mitad que se queda los preparo. Les explico que vamos a hacer un ejercicio importante para el curso, que no puedo darles detalles hasta que haya terminado el ejercicio, pero que es fundamental que sigan estrictamente y sin preguntas las indicaciones (órdenes) que voy a darles. Les indico que el éxito del experimento depende de la rigurosidad y fidelidad con que sigan las pautas del ejercicio. Una vez que han sido preparados les doy las siguientes pautas.

Primero, les pido que se sienten en la carpeta de uno de sus compañeros ausentes, que tomen su mochila, maleta o bolso y que la abran. Estas primeras indicaciones generan curiosidad y diversión en el grupo. Todos hacen lo que les pido sin detenerse mucho a pensar. Luego les ordeno que se tomen su tiempo para revisar y sacar todo lo que hay dentro, y que lo arrojen al suelo. Este segundo paquete de órdenes genera cierta inquietud o ansiedad en algunos y empiezan los primeros cuestionamientos: “pero, profesor eso no está bien, no puedo hacerle eso a mi compañero”. Entonces yo ejerzo mi autoridad y en tono serio les exijo que sigan las indicaciones o de lo contrario echamos a perder el ejercicio. Para otros, generalmente la mayoría, la diversión continúa y no hay mayor disonancia moral al ejecutar cabalmente las órdenes. El último paquete de órdenes es el siguiente: tomen un cuaderno de su compañero y un lapicero, identifiquen una hoja de ese cuaderno que parezca tener algún contenido importante, tomen el lapicero y rayen la hoja completamente y finalmente rómpanla en pedacitos. Con esta última secuencia, la situación se pone más interesante. Las emociones empiezan a movilizarse y aparecen algunas pocas resistencias. Se miran entre ellos como para buscar alguna fuente de legitimación de su acto. Se preguntan abiertamente si está bien o no hacer eso, si deberían hacerlo o no. Entre ellos intentan ponerse límites o se alientan a hacerlo. Unos pocos me preguntan por qué tienen que hacerlo, que no están de acuerdo, que no tienen derecho a dañar de esa manera la propiedad del compañero, que puede que sea una página muy importante para él, entre otras apelaciones. Yo insisto y exijo categóricamente que se lleven a cabo mis órdenes, que soy el profesor y que tienen que hacerme caso, que así es como deben proceder, que eso es lo correcto y pongo mi mejor cara de autoridad. Finalmente, la mayoría de los alumnos lleva a cabo mis órdenes. Algunos desconcertados, sin mucha convicción y sintiéndose forzados. Otros con absoluta convicción de que no hay nada condenable en sus actos y sin asomo de sentimiento de culpa. Siempre en cada ciclo hay uno por lo menos, dos como máximo, que se rebelan ante mi último paquete de órdenes y deciden comportarse autónomamente. Una vez una alumna gritó justo antes de que el salón en pleno se dispusiera a romper las hojas exclamando “No, no lo hagan, no se dan cuenta!” pero fue demasiado tarde. En otra ocasión un alumno se puso de pie, muerto de miedo, y manifestó su objeción de conciencia y

se negó rotundamente, en pleno uso de su derecho, a no hacer algo que vaya en contra de sus principios. He aquí una experiencia personal y real sobre la libertad.

Apuntes para el proceso educativo

Los experimentos descritos líneas arriba fueron llevados con la intención de desencadenar procesos educativos. Entiendo un proceso educativo como una suerte de movimiento específicamente humano e intencional, que determina la formación y transformación, en condiciones controladas, del carácter y el comportamiento de las personas involucradas en el proceso.

En ese sentido, desde mi condición de docente universitario, me interesa generar procesos educativos en los cuales el estudiante sea agente de esa transformación y desarrolle la capacidad de establecer sus propias conexiones con la realidad. Que sea capaz de habitar el mundo autónomamente y desplegar su propia voz. Que se involucre conscientemente en su crecimiento y evolución, así como en la transformación y desarrollo de su entorno social.

A continuación, apuntaré algunas ideas que espero puedan aportar a la revisión y mejoramiento de la forma en que entendemos y practicamos la docencia universitaria los que estamos apasionados por ella.

En el diseño e implementación de todo proceso educativo es necesario considerar por lo menos tres aspectos: a). las **variables**, b). las **etapas** y c). **los factores**. La elección de componentes es arbitraria y simplificada, pero puede resultar útil como caja de herramientas para armar un plan de trabajo con pretensiones educativas.

Variables

En primer lugar, hay que considerar **el grupo** de estudiantes. La cantidad, la identidad y la empatía son determinantes. El Huaralino fue viable porque eran solo 20 estudiantes. No todos los grupos son iguales, ni tienen las mismas habilidades o posibilidades, ni la misma sensibilidad. Hay grupos más homogéneos que otros. Hay grupos con los que es mucho más difícil conectar. La segunda variable tiene que ver con la estructura del curso expresada en **el sílabo**. Los logros, contenidos, unidades y metodología de evaluación son aspectos a considerar. Toda actividad, ejercicio o experimento, no importa lo descabellado que sea, tiene que responder a los objetivos de aprendizaje del curso. Puedo tomarme ciertas licencias y flexibilizar la aplicación del sílabo pero no puedo perderlo de vista. Por último, la tercera variable es **el contexto** institucional, educativo y social que necesitamos reconocer y analizar para capitalizar las oportunidades y fortalezas que se presentan, así como para minimizar las posibles amenazas o riesgos.

Etapas

El proceso educativo es un continuo que podríamos imaginar, planificar e implementar en tres etapas que me parece pertinente denominar detonación, acompañamiento y conexión.

Detonación.

Es el punto de partida del proceso de aprendizaje. Si no hay detonante, no hay movimiento ni reacción en la estructura molecular de la materia. El recurso detonante es básicamente un microcambio que inyecta una cantidad de energía que es imposible acumular, contener o disipar por otro medio que no sea la detonación. Una detonación es un drástico proceso de la transformación de la energía que contiene un cuerpo.

Esta figura nos sirve para comprender el sentido de esta primera etapa. La detonación es una suerte de *big-bang* cognitivo que da origen a un universo de posibilidades cognitivas en expansión. Primero, se genera una emoción, una experiencia sensible que detona una reacción en cadena de cuestionamientos e interpelaciones a los saberes y valores aprendidos, una disonancia emocional que lleva a una disonancia cognitiva. El estudiante se mueve, se activa, se despereza, sale de su carpeta, de su salón, de su formato, de sus parámetros, se le mueven los cimientos. Se abre entonces un universo de emociones que generan interrogantes. Lo que pasa por la experiencia sensible lo que queda registrado en la memoria emocional, lo que genera aprendizajes significativos. La detonación está vinculada con la sensibilidad y

las emociones.

El rol del docente es fundamental en la selección o ideación de los detonadores apropiados para cada proceso considerando cuidadosamente las variables del proceso. En el ámbito de la creatividad, corresponde a la etapa de la divergencia y el cuestionamiento imprescindible para no estancarnos en las mismas preguntas que nos llevan a las mismas respuestas.

Acompañamiento.

Es la segunda etapa del proceso educativo en la que se acompaña y da respaldo académico al estudiante en su proceso de elaboración cognitiva de la experiencia vivida. Hacer compañía implica participar de la experiencia y la emoción de otro, estar al lado para que no camine solo. Es el momento para la observación, valoración y reflexión conjunta sobre la experiencia vivida, así como para el intercambio de conocimientos. Es el momento para facilitar los procesos cognitivos (de adquisición de conocimientos) y el razonamiento autónomo. En esta etapa, se organizan y estructuran los saberes.

El rol del docente es fundamental en el diseño y planificación de una estrategia adecuada para guiar y orientar al estudiante - inquieto y movilizado emocionalmente por la *detonación* - en el proceso de deconstrucción de la experiencia, el análisis de los hechos y la elaboración de sus emociones; todo esto a la luz de los contenidos del curso. En el ámbito de la creatividad corresponde a la etapa de la convergencia o preparación, en la que primero se investiga y se acopia la información y finalmente se van decantando las ideas más consistentes y útiles para la asimilación e interpretación de la experiencia.

Conexión.

La capacidad de conectar las cosas es el germen de la creación y el movimiento. Cuando logramos vislumbrar nuevas conexiones entre los hechos, es cuando avanzamos. El proceso de conectar las experiencias vividas y las emociones generadas con el conocimiento adquirido, en las etapas de detonación y acompañamiento respectivamente, es una fuente poderosa para la generación de un nuevo conocimiento propio y original. Esto requiere enfrentar el miedo a equivocarse, deshacerse de los dogmas y verdades incuestionables, rebelarse contra la autoridad intelectual del docente. Este es el ámbito vinculado con el ejercicio de la libertad. Es una oportunidad sutil para participar de la formación de la voluntad y la conciencia del estudiante. El estudiante deviene en agente de cambio.

El rol del educador en esta etapa es fundamental para la generación del clima adecuado de confianza y afirmación de la autonomía del estudiante, así como para la provisión de estímulos necesarios para que se desencadene la sinapsis. El docente es un estimulante. El conocimiento es un recurso para la acción y en el propio accionar a su vez se transforma el conocimiento.

En el ámbito de la creatividad, corresponde a la etapa de la incubación y alumbramiento de las nuevas ideas y perspectivas que enriquecen y transforman los diferentes campos del saber.

Factores

Como educadores no tenemos más alternativa que asumir nuevos desafíos y aventurarnos en nuevas apuestas. Es imposible arribar a nuevos puertos si seguimos navegando por las mismas rutas, con las mismas coordenadas. Esto implica mirar las cosas con otros ojos, sospechar de nuestras formas y nuestras prácticas pedagógicas y ponerlas entre paréntesis. Nos corresponde arriesgarnos a asumir un rol renovador del proceso educativo universitario. El riesgo es un valor fundamental que hemos extirpado de nuestra moral educativa. Nos toca aprender a desaprender. Desestructurar para reestructurar.

En ese camino, propongo tomarnos en serio la transformación de, por lo menos, cuatro factores fundamentales de cualquier proceso educativo:

Primero: Se debe transformar la manera en que concebimos el **espacio físico** como escenario del proceso educativo. No podemos acomodarnos en nuestras aulas cuadradas repletas de carpetas dispuestas en fila una detrás de otra con el profesor como farol que proyecta su saber. Alteremos el espacio constantemente o intervengámoslo de acuerdo a las necesidades de aprendizaje. Aún un curso teórico puede potenciarse desestructurando el aula. Desde la clásica disposición circular o la forma de U para un debate, hasta pedirles a los alumnos que trepen las carpetas una encima de otra y se sienten en el piso para una conversación más íntima, pasando por hacerlos caminar y jugar para recoger una lluvia de ideas y

saberes previos. Sin dejar de lado la posibilidad de sacarlos al jardín, al patio o a la calle, trasladando el escenario hacia nuevas fronteras y ampliando sus posibilidades.

Segundo: Se debetransformar la manera de entender la **relación estudiante-docente** como el aceite lubricante del proceso educativo. No podemos acostumbrarnos a nuestras relaciones distantes, funcionales y masivas con los estudiantes. Hagámonos cargo de la relación con nuestros alumnos, intentemos recordar sus nombres o en un gesto de humildad admitamos la fragilidad de nuestra memoria y busquemos estrategias para reconocerlos en su especificidad. Interesémonos por sus intereses, preocupémonos por sus preocupaciones. Construyamos una relación horizontal de comunicación, una relación empática desde la cual podamos conectarnos con ellos y, en la medida de lo posible, tocar alguna fibra significativa que abra las puertas al conocimiento significativo. Reconozcamos y utilicemos sus lenguajes. Construyamos un clima de confianza y respeto mutuo, en el que nuestra autoridad se sostenga como una estructura firme que ayuda a crecer con autonomía.

Tercero: Se debe transformar la manera en que entendemos el uso de los **recursos pedagógicos** como una invitación a volvernos un poco locos. No tenemos que encasillarnos en nuestras metodologías perfectamente estructuradas y nuestros sílabos, ni en nuestros ppts, nuestras lúcidas disertaciones o nuestros imprescindibles textos. Podemos probar e inventar lo que nos dé la gana mientras intuyamos que será útil para generar aprendizaje. Incorporaremos el juego, el movimiento y el cuerpo como recursos pedagógicos. Cambiemos un texto serio y académico por un cómic, un poema o una página de Facebook. Vayamos a una muestra fotográfica, una obra de teatro, al cine o aun concierto. Ejercitemos nuestra imaginación y nuestra intuición para despertar y desacomodar a nuestros alumnos. La idea es que no se lo vean venir, que se sorprendan. Vale la pena intentarlo.

Cuarto: Se debe transformar la metodología y el **sistema de evaluación** como el manifiesto de lo que realmente valoramos. No necesitamos condicionar nuestras expectativas sobre el aprendizaje de nuestros alumnos a la redacción escrita de los logros que plasmamos en el sílabo y que luego evaluamos con empecinada miopía. Tomemos los logros como un referente, como una brújula que orienta nuestra empresa educativa pero nunca como anteojeas que nos impidan mirar los logros inconmensurables que sí estamos logrando. Hay logros que no pueden medirse. Busquemos maneras alternativas de medir o evaluar el tipo de aprendizaje o de transformación que es imposible medir con las fórmulas convencionales. Escuchemos, observemos, preguntemos y conversemos más con nuestros alumnos. Identifiquemos sus habilidades y sus formas de expresión específicas e implementemos sistemas de evaluación más acordes a lo que ellos traen consigo.

Conclusiones

En un sentido, la educación que siempre ha estado vinculada al control, el adoctrinamiento y a la funcionalidad social. No educamos personas para que cuestionen y se traigan abajo el sistema imperante. No formamos personas para que transformen el mundo, sino para que perpetúen el estatus quo. No encendemos el alma de las personas, ni trocamos piezas por fuerzas en movimiento. Eso no nos interesa. Pues debería interesarnos y mucho.

Cada primer día de clases de cada nuevo ciclo, cuando me encuentro con esas personas sentadas frente a mí, me hago preguntas que luego no puedo dejar de hacerme y que nada tienen que ver con el sílabo, aunque deberían. Me pregunto ¿cómo hacer para tocarlos, para que durante el curso les pase algo, para que se muevan, se inquieten, se comprometan, se hagan nuevas y antiguas preguntas y encuentren sus propias respuestas, para que no den todo por sentado y resuelto, para que no crean que la verdad sobre cualquier cosa ya está escrita. Y, concretamente, ¿cómo hacer para que sus trabajos, ensayos y participaciones en el curso sean la expresión de su particular mirada del mundo, para que no respondan solo las respuestas que creen que queremos oír para evaluarlos aprobatoriamente. El problema de la propia voz debe ser un problema universitario. Todos tenemos una voz, tenemos que identificarla y nutrirla. Esa también es nuestra preocupación: ¿cómo hacer para estimular, facilitar y guiar en surgimiento de la propia voz de los estudiantes?

Una gran mayoría de universidades preparan y formatean personas para que sean funcionales al mercado, para que tengan potencial de empleabilidad y sean aptos para trabajar dentro de la sociedad mercantilista y adaptarse a sus exigencias. Este es otro reto que hay que enfrentar: no dejarse vencer por

la inercia que nos lleva y nos empuja hacia la formación universitaria entendida de manera pragmática, restringida a la capacitación y transmisión de conocimientos y habilidades técnicas específicas. No podemos dejar que se desvanezca la visión de la universidad como un espacio crítico para la formación del carácter y el espíritu de las personas.

En ese sentido, la Universidad, hoy más que nunca, necesita educadores y no solo especialistas o conocedores de diversas materias que puedan enseñarnos lo que saben y compartir su conocimiento. El dominio y la especialización del docente en algún ámbito del saber no garantizan el aprendizaje efectivo y significativo del estudiante. En realidad, ninguna preparación o competencia del docente puede garantizar nada respecto del aprendizaje de sus estudiantes. Sin embargo, debemos apostar por caminos alternativos y complementarios a la reproducción del saber.

Es imprescindible atender y plegarse al trabajo de personas e instituciones que están intuyendo el proceso de aprendizaje de otra manera, una manera distinta que requiere actores distintos, con distintas capacidades y miradas divergentes; porque el escenario y el público son distintos, tienen otras demandas, otras necesidades, otras habilidades y características para embarcarse en el proceso de aprendizaje. La Universidad, hoy más que nunca, en nuestro país, debe ser entendida como el espacio propicio para el encuentro intercultural, la expresión de la diferencia y la construcción de ciudadanía responsable y transformadora.